

## CAPITULO XVIII

### MISIONES EN ORIENTE

El sentimiento religioso no se separaba de las expediciones del siglo XVI, siendo el objeto principal de todos los viajes de descubrimientos, el de convertir los bárbaros é incrédulos. No dejaron de ir misioneros en los primeros buques que salieron de Ceuta para explorar el interior del Africa. A medida que se encontraba un país nuevo, se establecían en él, quedando solos muchas veces para arrostrar la barbarie de los salvajes, aguardando la muerte con resignación. Después de haber sido doblado el Cabo, apareció á la vista como un mundo nuevo, no habitado por hombres ignorantes y salvajes, sino ofreciendo una civilización diferente, con lo cual pareció abrirse una carrera magnífica al celo de los misioneros. Los jesuitas se lanzaron allí con preferencia, como que iban á encontrar países donde tenían que habérselas con hombres ilustrados, sostener discusiones y tratar con sacerdotes y con reyes. Salieron, pues, nuevos brazos de aquel gran río cuyo origen está en Roma, y uno bajó al Oriente, regando á Constantino- pla, la Siria, la América desde la batería de Hudson, invadiendo el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas, la Guyana y el Paraguay, un tercer brazo regará las dos penínsulas indicadas, hasta Manila y las nuevas Filipinas, y el último irá á restaurar los viegos troncos de la civilización en la China, el Tonquín y el Japon.

**San Francisco Javier, 1506.**—El más notable de los misioneros en estos países, y en el que parece estar personificadas las obras de todos los demás, es Francisco Javier, nacido en España, de una familia noble. Conoció en París, donde hizo sus estudios, á Ignacio de Loyola, que le repetía con frecuencia: *¿De qué le sirve al hombre adquirir todo el mundo si pierde su alma?* Después de haberle mirado en un principio con desden, acabó por ser uno de sus más fervientes discípulos, y el

que más le ayudó á fundar la orden de los jesuitas (1534). Apenas tuvo noticia Juan III de Portugal de la primera constitución de estos religiosos y de su celo, les invitó á pasar á las Indias para verificar allí conversiones. Francisco volvió de Roma á España, y hasta sin ir á ver á sus parientes, puesto que tenía en adelante al universo por familia, fué á Portugal con Simon Rodriguez, y pronto fueron proclamados allí apóstoles por la admiración popular. Uno de ellos fué detenido en el reino, y Francisco se embarcó para las Indias con el título de legado apóstolico en la escuadra del virey Martín de Suoza (1554); iba solo con el recurso de la caridad que se hace á los viajeros, á convertir un nuevo mundo, cuya lengua, costumbres, errores y hasta el nombre ignoraba. Así como los demás viajeros, nos ha dejado la relación de su expedición, donde se encuentran detalles llenos de interés (1).

Tenía por compañeros á los padres Pablo de Camerino, italiano, y á Francisco Mansilla, portugués, sin ningún criado, guisando por sí mismo sus alimentos, lavando su ropa y negándose á comer con el virey; se ocupaba sobre todo en cuidar las enfermedades que afligen al cuerpo en las largas

(1) Además de los historiadores, véanse las vidas de *san Francisco Javier*, especialmente á Tursellino (Roma 1594) que agregó después las cartas del santo, y la elegante *Historia da vida do P. Francisco de Xavier*, compuesta pelo padre Joao de Lucena. Lisboa, 1600.

PAOLINO DE SAN BARTOLOMÉ, *India Oriental cristianizada*. DANIEL BARTOLÍ, *El Asia*.

GONZALEZ DE AVILA, *Teatro eclesiástico de las Indias*.

LUIS DE GUZMAN, *Historia de las misiones en las Indias orientales, la China y el Japon*.

Las obras históricas del jesuita Maffei y del obispo Orserio no son más que extractos de los escritos de Juan Barros, puestos en latin muy elegante.

travesías, y las no menos peligrosas que atacan al alma; inventaba medios de distracción para evitar el juego entre los marineros, y se aprovechaba de todas las ocasiones para hablarles de Dios. Encontró en la travesía por Mozambique, Melinda y Socotora, algunos vestigios de cristianismo mezclados á las doctrinas del islamismo; numerosos sectarios del magismo, pero idólatras en su mayor parte; algunos cristianos de santo Tomás, afectos á los errores de los nestorianos y dependientes del patriarca de Babilonia: en fin, los misioneros que habian ido con los primeros conquistadores, la mayor parte franciscanos, habian derramado el buen grano en aquellos parajes, pero habia sido poco fecundo. Goa fué erigida en arzobispado, cuyo primer prelado fué Juan de Albuquerque; Cochín y Malaca en obispado: después Meliapur y otras ciudades. Pero no habia en toda la India cuatro predicadores, y muchos de los que se habian unido al Evangelio lo habian abandonado después.

La primera dificultad para Javier consistía en convertir á los cristianos, que tanto allí como en las demás partes se abandonaban á los excesos de costumbre de los conquistadores. Enorgullecidos por la victoria, escitados por la seguridad de la impunidad á satisfacer sus pasiones, libres de las consideraciones á las cuales está uno obligado en su país natal y en medio de los suyos, su avaricia y lujuria no conocían freno; vivían en concubinato público con las mujeres indígenas, hasta que disgustados de ellas, las vendían á otros; no contentos con el rico tráfico de los géneros, iban á caza de hombres, y se permitían toda especie de fraudes y trampas en los contratos. Ventilaban sus cuestiones á navajazos, y el que tenia dinero para comprar á los jueces, nada temía de los tribunales. Por dinero se toleraba hasta la idolatría y la persecución de la ley de Cristo.

Arrojóse Javier en medio de aquel fango predicando en general, corrigiendo en particular. Mortificaba el orgullo de otros mendigando de puerta en puerta, desempeñaba en los hospitales las ocupaciones más penosas, dividiéndose entre los enfermos y los prisioneros. Recorria á Goa, ciudad corrompida, con la campanilla en la mano, exhortando á los padres á que enviasen á sus hijos al catecismo; después cuando los habia reunido, les enseñaba las alabanzas del Señor, en lugar de canciones lúbricas, y remediaba con santos preceptos los malos ejemplos domésticos. A veces penetraba en los nuevos palacios, donde se mezclaba á las conversaciones, tomaba asiento en los banquetes para temprar la licencia; ponía paz en las casas y recordaba los principios de una buena educación. Otro tanto hizo en Malaca, lo mismo en Melinda, en todas las plazas fuertes y factorías; después en los barcos, en las galeras, no sintiendo gastar semanas enteras, si era preciso, para instruir á un simple soldado.

Se dedicó entonces á convertir á los infieles; é

informado primero de que habia en la costa del Malabar una población ignorante y miserable, que vivía de la pesca de las perlas, se trasladó á aquella árida playa con su campanilla: adoptando allí su género de vida, durmiendo sólo algunas horas en sus pobres cabañas, hizo conversiones milagrosas. Durante quince meses fué su médico, su juez, su maestro de niños; pronto se colocó la cruz en gran número de casas, é ideas de esperanza y arrepentimiento reemplazaron á una brutal ignorancia. Habiendo pasado después al reino de Travancore, consiguió allí sólo, aunque de una raza odiosa ó sospechosa, en medio de idólatras ó doctores de una teología inesplicable, el bautizar en un mes á diez mil personas, y al mismo radjá, y ver las pagodas destruidas por los mismos que eran sus más celosos defensores. Resistió triunfante los anatemas de los bramines, los ataques de los guerreros; y habiéndose hecho traducir á aquella difícil lengua, la *Salve* y el *Confiteor*, y el persignarse, lo repetía á los niños exhortándoles á que lo enseñasen en su casa. Explicaba el *Credo*, componía catecismos; no se puede creer de otra manera los admirables resultados que obtenía, atribuyéndolo á milagros y al don de las lenguas.

Viendo que no podría bastar á tantas fatigas, se proponía volver á Europa para hacer un cargo á las universidades por tener *más ciencia que caridad*, y apelar á los ánimos, á que cesasen vanas cuestiones para unirse á la conquista de las almas. Enviáronse sin embargo otros jesuitas á Goa, donde se les confió un seminario bajo el nombre de *Padres de san Pablo*, dado á aquel establecimiento, y así fueron conocidos aquellos religiosos en las Indias. Javier les dió una regla; después se dedicó á recorrer las islas de aquel Océano, indignándose al ver que aquellas islas, á donde hubieran acudido en tropel, cualquiera que hubiera sido el peligro, si hubiesen contenido metales ó maderas preciosas, fueron abandonadas porque no habia más que almas que ganar. Sufrió en las Molucas, en Ternate y en Ceilan grandes contrariedades; pero fueron dulcificadas por los inefables consuelos de la gracia, cuyos tesoros caían sobre él con tal abundancia, que á veces le acontecía exclamar en sus solitarias meditaciones: *¡Basta, Señor, basta!*

Confesaba, no obstante, que en los peligros estremados la humanidad se desanima para dejar aparecer á la débil y frágil naturaleza; pero sabia vencerla, sabia desafiar el hambre, la desnudez, el veneno y el hierro de los asesinos. Tan intrépido bajo las sofocantes calmas de la línea como en medio de las horribles tempestades, de los ejércitos en batalla y de las erupciones de los volcanes, desafiaba al demonio, cuyas asechanzas y derrota veía, y mostraba de cuánto es capaz la preparación de los largos martirios y la caridad.

Así era como Cristo, Mahoma, Confucio, Brahma y Budda se encontraban en presencia unos de otros á la estremidad de Oriente. Pero el islamismo estaba en decadencia; el brahmanismo, aunque

introducido ya en las costumbres, había sido conmovido por la reforma de Budda, que hallaba acogida hasta entre los indiferentes chinos. Los apóstoles de aquella doctrina, llamados bonzos por los portugueses, no sabemos por qué, tenían la reputación de ser hipócritas e impostores, de entregarse á buscar el brebaje de la inmortalidad y á otras supersticiones peores. Sea de esto lo que quiera, no cabe duda que llevaban una vida de contemplación ascética y de privaciones que no podían conciliarse con la actividad general de aquellas comarcas. Los mismos bramines se nos representan por los misioneros como hombres groseros, y tan distantes de practicar las antiguas austeridades, que hacían consistir sus dogmas en no matar terneras y mostrarse generosos con respecto á los bramines, proveyendo abundantemente al lujo de su mesa (2).

Los misioneros llevaban á los mismos lugares una fe pura y desinteresada con la integridad de costumbres que se hace honrar hasta de aquellos para quienes son más estraños. No iban como los mercaderes á buscar crecidos beneficios, ni conquistas como los capitanes; y su solo objeto al atravesar la mitad del mundo, era propagar la verdad. Además, una doctrina que elevaba á las almas hacía una cosa más alta que los intereses mundanos, que templaba los rigores de la servidumbre, debió también ser acogida con favor. Pero, por otra parte, tenía por adversario el interés de los mismos sacerdotes y doctores, cuya reputación y subsistencia dependía de la conservación de los antiguos ritos; sin contar el carácter de las poblaciones muy apegadas á sus costumbres nacionales y á la resistencia de los gobiernos, que fundadas en la religión y en las costumbres, temían cualquier innovación. Un obstáculo muy grave había en la ignorancia de la lengua. Era, pues, preciso hacer traducir los sermones por intérpretes que los escribían en caracteres latinos; y los misioneros los leían sin entender las palabras. Los errores, los contrasentidos, provocaban la risa y escitaban el orgulloso desprecio de las gentes acostumbradas á considerar como bárbaro á todo lo que es extranjero. Añádase á esto la ignorancia de los usos y costumbres sobre las cuales estos pueblos son tan susceptibles. Parecía, además, como lo hacen notar los misioneros, que el demonio había preparado allí una parodia de la religión cristiana, con encarnaciones de la divinidad, con

(2) *Christianorum vicos circumiens, per brachmanum ades transire soleo; at mihi nuper usvenit ut pagodem ingressus, ubi erant brachmanes, verbis ultro citroque habitis, quæsvi quid ipsis sui dñi præciperent ad beatam vitam. Longum certamen... Denum, communi consensu, res ad unum ex iis qui ceteros etate antebat, relata est. Tum ille respondit, deos iis qui ad ipsos ire vellent, duo imperare: 1.º ut abstinerent cade vaccarum, quarum specie dñi colebantur: 2.º ut brachmanibus deorum cultoribus benigne fuerunt.* FR. XAVERII, lib. I, ep. 8.

Sakia, nacido de una virgen, circuncidado, presentado al templo, tentado por el diablo, muerto para rescatar el pecado; con una gerarquía dependiente de un pontífice supremo, con una especie de confesion y misa, y conventos y abstinencias.

A pesar de todos estos obstáculos, proseguía Javier su tarea con éxito, y dejaba por todas partes traducciones de nuestros libros santos (3). Sin embargo, sus deseos se dirigían siempre hácia aquella China de la que no se hablaba sine con admiración, y donde pensaba encontrar la cuna de las doctrinas que combatía en Oriente. Pero ¿cómo franquear las barreras que una envidiosa desconfianza oponía á los extranjeros? Entretanto que la ocasión se ofrecía, partió para el Japon (1549), después de haber animado su valor y fé con penitencias más rigurosas, y haberse acercado al Criador en las meditaciones de la soledad. «No sabré decirlo, escribe, con qué alegría emprendo este largo viaje. Es peligroso, se considera como feliz la flota que de cuatro barcos salva uno. Sin embargo, no huiré del peligro, uno de los mayores que he afrontado en mi vida. Nuestro Señor me ha revelado cuán rica cosecha dará aquel país á la sombra de la cruz que vamos á plantar allí.»

Por uno de aquellos prodigios que el cristiano fervoroso explica con la ayuda de la fé, y el escéptico por la pasión, bastaron algunas semanas á Javier para aprender la lengua tan difícil del país. Los unos, encenagados en los deleites, rechazaban al predicador á pedradas; otros se admiraban de ver aquel bonzo extranjero querer reducirlos á un solo Dios y á una sola mujer; algunos le llenaban de preguntas sobre los astros, los eclipses, el pecado, la gracia, la inmortalidad, y le hacían objeciones tan sutiles, que parecía que el mismo diablo discutía bajo sus formas. Javier comenzó, sin embargo, á obtener resultados entre los japoneses. Estableció la primera iglesia en la isla de Kiusia y llegó á convertir á varios príncipes, cuyo ejemplo fué imitado por otros de las cercanías; siendo tal su apresuramiento, que dicen los misioneros, que parecía que querían ganar el cielo por fuerza. Permaneció Javier en el Japon dos años y medio (1551); dejando después allí algunos jesuitas, volvió á la India, donde encontró el cristianismo floreciente, gracias á los trabajos de los padres Barza, Heredia y otros. Su reputación resonaba por los países comprendidos entre el Indo y el mar Amarillo: parece que se vió renovar en su persona alguna de las manifestaciones (*avatar*) de que hablan sus libros sagrados los Vedas; no había prodigio que no se contase del misionero: hablaba todos los idiomas, se había encontrado en un mismo momento en lugares diferentes, curaba á los en-

(3) *Diversor in valetudinario... inde in custodiam ad vinclos me confero... in oppidis pagisque singulis christianam institutionem ipsorum lingua conscriptam relinquo.* Lib. I, ep. 1 et 8.

fermos, resucitaba á los muertos y mandaba á los espíritus invisibles.

Se preparaba, sin embargo, á hacer el viaje á la China, esforzándose en persuadir al gobernador de Malaca que le enviase allí como embajador; pero á su negativa acompañada de burlas, Javier hizo presente su calidad de nuncio apostólico, que había tenido secreta hasta entonces, y después de haberle escomulgado se embarcó como simple particular. Sabía que el barco le conduciría á una prisión; pero en la prisión encontraría, sin duda, chinos que convertir; y una vez echada la simiente, dejaría á la Providencia el cuidado de fecundarla. No pudo realizarse su esperanza, porque la muerte le sorprendió á la vista de las costas de la China, como á Moisés á orillas de la tierra prometida (3 diciembre de 1552). Los prodigios que acompañaron á su muerte, y la traslación de su cadáver, que no se corrompió, aumentaron el número de los nuevos prosélitos, como también la veneración hácia el apóstol de las Indias, de las que fué después declarado patrono Javier (1747).

Este fué para los misioneros un estimulante más: de las Filipinas, de Macao, sobre todo de Goa, Roma de las Indias en la que ya se contaban en 1565 trescientos mil cristianos nuevos, llegaban sin cesar al Japon donde se ganaban la estimación, por una virtud amable, la majestad pomposa de las ceremonias, su celo en asistir á los pobres y á los enfermos. Varios japoneses instruidos por los jesuitas fueron recibidos en su sociedad, y llegaron á ser misioneros no menos celosos y más eficaces. Habiéndose extendido la fe entre los príncipes, las prácticas religiosas se observaban con gran austeridad; además, como los obreros eran poco numerosos en esta fértil viña, los legos suplían á falta de eclesiásticos. Así las cosas, los reyes de Bungo y de Arima, como también el príncipe de Omura, resolvieron enviar una embajada á Roma para tributar homenaje al vicario de Cristo y pedirle sacerdotes. Personajes de elevada categoría, elegidos al efecto, marcharon acompañados de algunos misioneros. Pasaron á Macao y á Goa, y llegaron á Lisboa, donde el rey Felipe los recibió de pié y los abrazó, en testimonio de su alta estimación hácia los príncipes. Fué á visitarlos en persona, y mandó se les tributasen honores en todos los países de su dependencia que atravesasen para ir á Roma. Allí los acogió Gregorio XIII con solemnidad (1585), en pleno consistorio, en la sala real, en medio del brillo que afecta tanto en las ceremonias romanas; y enterrecido hasta derramar lágrimas, exclamó: ¡Señor, llamad ahora á vos mi alma, puesto que mis ojos han visto la salvación! En efecto, pronto murió; y habiéndole sucedido Sixto Quinto, no hubo honores que no tributase á aquellos embajadores. Los admitió á besarle el pié delante de tres cardenales, quiso que desempeñasen en su coronación las funciones más solicitadas, como era llevar el palio, verter el agua en las manos, tenerle la brida de su pala-

fren; los condecoró con la Espuela de Oro, les hizo adjudicar el título de patricios romanos por el pueblo y el senado; dijo para ellos una misa particular, en la que les dió la comunión por su mano, los recibió además á su mesa, donde fueron tratados espléndidamente. Atravesaron cargados de regalos la Italia y la España por medio de una fiesta perpétua; y Felipe los despidió para el Japon con grandes dones, adonde llegaron, no sin haber corrido grandes peligros, ocho años después de su partida.

La conversión de algunos sábios producía aun mayor sensación que la de los mismos príncipes: tal fué entre otras la de un tal Dosam, citado entre los mayores pensadores, quien cedió á las razones de los misioneros. Así era que en las reuniones de aquellos insulares, llenos de amor propio, se oía repetir por todas partes: *Dosam se ha hecho cristiano; el sabio que todo lo sabe no ha encontrado religion mejor que la fe cristiana*; y muchos de ellos se convertían por este motivo. Los misioneros no se cansan de hablar de los actos generosos de los convertidos y de los apóstoles en medio de una nación tan inteligente; pero pronto no tuvieron ya que contar más que la ferocidad de los insulares en el arte de dar tormento, y la constancia de sus víctimas en sufrir.

Los religiosos agustinos fueron los primeros que llegaron á las Filipinas. Se vieron obligados á proceder de diferente manera con la clase dominante que habitaba á lo largo de las costas, donde se había civilizado, y con los negrillos y los ilanones, poblaciones bárbaras en lo interior del país que adoraban toscos ídolos. Llegaron en 1577 diez y siete franciscanos bajo la dirección de Fr. Pedro de Alfaro; después arribó Diego de Salazar, nombrado obispo de Manila, con tres dominicos, cinco franciscanos y tres jesuitas. El número de los fieles fué bastante considerable para que se pudiese establecer un arzobispado en Manila, y obispos en Cáceres, la Nueva Segovia y Zebú. Contábanse en aquellas diócesis, á principios del siglo pasado, un millon de almas repartidas en setecientas ú ochocientas doctrinas; y al fin del siglo el número se había casi duplicado. Los jesuitas portugueses hicieron mucho en las Molucas desde 1540, y tuvieron mucho que sufrir; pero fueron perturbados en su tarea por la conquista de los holandeses.

El nombre de las islas de los Ladrones, dado á las Marianas por los primeros navegantes que las descubrieron (1660), prevenía desfavorablemente contra ellas. Cuando el jesuita Jacobo Ladoo, de Sanvitores, arribó allí, encontró á los naturales buenos y dóciles, y se propuso convertirlos. Negándose á escucharle el gobernador de Filipinas, se dirigió directamente al rey de España, y sustituyó en honor de la reina, su mujer, el nombre de Mariana al que se le había antes asignado. Trasládose con otros frailes lleno de celo á Guaan, donde convirtió al jefe Chipoa, y fundó una iglesia en Agaña. El mismo cantaba y bailaba con los insu-

lares, para amoldarse á su gusto apasionado por aquellos ejercicios, y ponía la doctrina cristiana en canciones: así era que aquellos decían *buen Jesus*, porque el padre que las predicaba se mostraba lleno de bondad.

Pero los bonzos no dejaban de enseñar en sentido contrario; los privilegiados consideraron como una cosa indigna de ellos estar obligados á mezclarse para el bautismo y la comunión á la casta despreciada; chinos que estendian el budismo en aquellos parajes, consiguieron escitar sublevaciones, en las cuales Sanvitores, el padre Medina y otros perdieron la vida (1672). Su obra fué continuada por don José de Quiroga y Losada, que supo hacer que volviese la isla á mejores disposiciones, y restableció allí el orden, de tal manera, que el gobernador Saravia pudo establecer una administración é introducir la industria. Los naturales se insurreccionaron varias veces contra los dominadores; pero Saravia los domó con las armas, y los misioneros con la palabra. Pasaron desde allí á las Carolinas, aun menos conocidas, y á su cabeza el padre Bobadilla, que habia sido mandado para explorarlas; pero no consiguieron más que el martirio.

Los kanes del Mogol estaban aun indecisos sobre la religion que adoptarían; en su consecuencia, el gran Mogol Akbar I escribió en 1582 al rey de Portugal para pedirle una traduccion de la Biblia al árabe ó al persa, con algunos doctores para esplicarla. Trece años después (1595), envió á pedir sacerdotes al virey Alburquerque, quien le mandó á Gerónimo Javier, pariente de San Francisco, con otros dos jesuitas. Akbar los recibió con honor, les dió una iglesia, y las rebeliones de los musulmanes le hicieron favorable á los cristianos; de tal manera, que en el año 1599 la fiesta de Navidad fué celebrada solemnemente en Lahor. Javier fué además encargado de escribir dos obras en persa, que fueron la *Historia de Jesus* y el *Espejo de la verdad*. La lectura del primero de estos libros afectó á Akbar; un persa de Ispahan opuso al otro el *Brunidor del Espejo*, donde tachaba de idolatría las prácticas y las doctrinas del cristianismo. La congregacion de la propaganda encargó al franciscano Felipe Guadañoli contestara á él, lo que hizo con la *Apologia pro christiana religione* (1631), obra muy poco concluyente para musulmanes, en atencion á que sólo se funda en la autoridad de los papas y de los concilios. Después de la muerte de Akbar (1621), tres príncipes de la familia imperial recibieron el bautismo; fundóse un colegio en Agra y una sucursal en Patna: hermosas esperanzas de frutos que no debían llegar á madurez.

Otros misioneros habian trabajado con éxito en el reino de Madura, en el centro de la India meridional. En las costas del Malabar, los jesuitas Desideri y Freyre concibieron el pensamiento de adelantar sus incursiones más allá del Cáucaso y hasta el Tibet después de haber atravesado el im-

perio mogol y sus montañas, de las cuales la menos elevada escende á la más alta cima de la Europa, espuestas unas veces al intenso calor de los valles y al frio fuerte de las nevadas cimas, se dedicaron á combatir en las comarcas del Boutan la metempsicosis y la poligamia. Llegados á Lassa, fueron bien acogidos por el príncipe y concibieron esperanzas que no se realizaron. Aunque á veces se alaban los resultados de las misiones católicas, de las escuelas luteranas ó anabaptistas en el Indostan, en realidad producen poco. En vano la astucia y la espada de los ingleses han abierto aquellas vastas regiones, llamadas en otro tiempo imperio del Gran Mogol: una poblacion miserable pide allí pan á los que quieren llevarle la instruccion. Una nobleza orgullosa opone á las predicaciones sus ritos más antiguos que los nuestros, sus abstinencias más rigurosas, y una moral extremadamente pura, aunque no observada. Además, ocupados los ingleses ante todo en el cuidado de conservar aquel manantial de su poder, no sólo soportan bajo el nombre de tolerancia religiosa las fomentan, asisten al sacrificio de las miserables supersticiones del pais, sino que las viudas (*suti*), que se inmolan en la hoguera de su marido, imponen una contribucion sobre las peregrinaciones á Jagrenat, abren con la salva de sus cañones las fiestas de Durga y de Kali, fiestas manchadas con locuras fanáticas.

A fines del año 1600, se trató de enviar gran número de misioneros á Oriente, y los franceses insistieron sobre todo en que se ordenasen sacerdotes á los naturales. Se hizo marchar al efecto á tres obispos, Francisco Pallu, Lamberto la Motte é Ignacio Cotolendy, repartiéndose titularmente entre ellos el Asia oriental. Establecieron en Siam un seminario, de donde sacaron sugetos para ejercer el apostolado en la China y en los otros países más remotos del Asia. Se lisonjearon en aquel momento de convertir al rey de Siam Schau-Naraya, pero concluyeron por reconocer que no habia en él más que indiferencia. Cierta que envió embajadores á Francia y que Luis XIV le mandó por su parte al caballero de Chaumont, quien llevó consigo al abate de Choisy y á varios jesuitas; pero la tan deseada conversion no pudo obtenerse; después los misioneros experimentaron en tiempo de la revolucion de 1766 una terrible persecucion, y fueron espulsados enteramente.

La congregacion de las misiones establecida en Francia por San Vicente de Paul, se dedicó á su obra en la insalubre Madagascar, donde los misioneros eran mártires del clima, después de haber tenido que sufrir cruelmente en la travesía tempestades y calmas, sin que su ejemplo desanimase á los que iban á reemplazarles. El padre Bourdaisé, entre otros, instruyó y bautizó á muchos indigenas; pero las esperanzas concebidas se desvanecieron cuando la destruccion de la colonia.

No hay, pues, pais donde no haya resonado la voz de los misioneros: «Mares, tempestades, hielos

del Polo, dice Chateaubriand, ardores del trópico, nada les detiene; viven con el esquimal sobre cuevas de toro marino; se alimentan de aceite de ballena con el groenlandés; pasan con el tártaro y el iroqués inmensas soledades, montan sobre dromedarios del árabe, siguen al café errante por en medio de sus abrasadores desiertos; el chino, el japonés y el indio son sus neófitos; no hay roca del Océano que escape á su celo: y así como en otro tiem-

po faltaban reinos á la ambicion de Alejandro, falta tierra á su caridad. ¡Y á cuántos piadosos engaños, á cuántas santas astucias no se ve forzado á recurrir el misionero, para anunciar á los hombres la verdad! En Madura adopta el traje del penitente indio, y se sujeta á sus costumbres y austeridades repugnantes ó pueriles; en China se convierte en mandarín, en letrado y en astrónomo; en cazador y en salvaje entre los iroqueses.»